

LA CAZA DE BIN LADEN

Escenarios hipotéticos

Por Manuel R. Torres Soriano

La magnitud de las operaciones militares contra elementos de la organización terrorista Al Qaeda llevadas a cabo desde el pasado mes de marzo en la frontera afgano-pakistani a manos del ejército de Pakistán, contando con la asistencia de unidades estadounidenses, vuelve a situar en un primer plano de actualidad el debate acerca del estado de Osama Bin Laden y los progresos en su búsqueda y captura.





“Bin Laden no habría aguantado una intervención médica bajo las precarias condiciones de salubridad existentes en Afganistán”

En primer lugar, debemos señalar que se carece de pruebas concluyentes que establezcan si Bin Laden está vivo o muerto. Respaldo ambas hipótesis encontramos una serie de indicios cuya falta de solidez no permite zanjar definitivamente la cuestión. La versión que apoya la muerte del líder de la organización terrorista se apoya fundamentalmente en el “mutismo visual” de Bin Laden tras su última aparición real el 27 de diciembre de 2001 en una grabación difundida por la cadena de televisión Al Yazira. Tras la emisión de este vídeo, la organización terrorista no ha vuelto a remitir ninguna grabación audiovisual donde aparezca su líder y exista una correspondencia entre imagen y sonido. La actividad comunicacional del líder de Al Qaeda con posterioridad a esa fecha se ha limitado a grabaciones sonoras y textos

escritos (cuya veracidad es muy difícil de establecer) que generalmente se han difundido por fax o internet, y donde el protagonismo de Osama ha sido desplazado progresivamente por su lugarteniente el egipcio Al Zawahiri, lo que vendría a explicarse por el intento de los dirigentes de la base de evitar el golpe que a la moral del grupo le supondría la desaparición de su líder en circunstancias no excesivamente heroicas. La historiadora y arabista Ghislaine Alleaume afirmó que Osama Bin Laden “habría muerto en diciembre de 2001”. Según esta autora, en el último vídeo se podía contemplar a un Bin Laden envejecido y cansado que lanza su mensaje tras haberle sido amputado uno de los brazos como consecuencia de las heridas recibidas por los bombardeos americanos en las montañas afganas de Tora Bora. Este análisis enfatiza el hecho

de que Osama, que aparece vestido con uniforme militar, no ejerce ningún tipo de movimiento con el brazo izquierdo, “se ve que detrás de su espalda, para disimular la ausencia de su brazo, hay una arpillera del mismo color”. Según esta teoría, Bin Laden no habría aguantado una intervención médica bajo las precarias condiciones de salubridad existentes en Afganistán. A ello se sumaría el hecho de que los problemas renales de Bin Laden determinan que su supervivencia esté indisolublemente unida a una voluminosa máquina de diálisis, difícilmente transportable en una situación de continua huida y asedio por parte de las tropas americanas. La teoría partidaria de su supervivencia se fundamenta en la autenticidad que se otorga a las posteriores grabaciones sonoras atribuidas a Bin Laden, cuyo análisis de los patrones de voz y de la



sintaxis de sus comunicados revelarían que efectivamente es su voz la que se recoge en ellas, descartándose por su contenido que sean grabaciones anteriores. El principal sostén de esta teoría sería, sin embargo, la existencia de una serie de cartas manuscritas interceptadas por diversos servicios de Inteligencia, sobre todo paquistaníes. Revelarían una gran actividad del líder de la organización, quién desde un refugio seguro no habría cesado de enviar condolencias a las familias de los *mujahidines* caídos ni de solicitar información sobre la situación de la *yihad* en los más dispares puntos del planeta. En una de ellas, diri-

Qaeda de propagación de una imagen de fortaleza y patronazgo divino como modo de generar nuevas adhesiones a su proyecto global.

Intentos fallidos y la ambigüedad pakistani

Osama Bin Laden era ya, con anterioridad al 11-S, un viejo conocido de los servicios de Inteligencia. Los intentos estadounidenses por "neutralizar" al saudí fueron una constante durante la Administración Clinton y será tras los atentados contra las embajadas americanas de Kenia y Tanzania en 1998, cuando estos esfuerzos alcanzarán un

los servicios de inteligencia paquistaníes (ISI) como posible fuente de la filtración que consiguió salvar la vida del líder de Al Qaeda, hecho negado posteriormente por éstos.

Se conseguirá localizar a Bin Laden en dos ocasiones más, gracias a un *Predator*, un pequeño avión no tripulado capaz de transmitir en tiempo real imágenes de la superficie terrestre. Sin embargo, el retardo causado por la transmisión de la información entre los mandos competentes para autorizar un ataque, junto con la rivalidad entre la CIA y los diferentes cuerpos del ejército estadounidense a la hora de determinar las diferentes responsabilidades, ocasionaron una nueva oportunidad perdida. Desde este momento la CIA comenzó a trabajar para dotarse de sus propios aviones no tripulados, capaces de transportar misiles y de llevar a cabo ataques inmediatos contra los objetivos vigilados.

La campaña afgana que se saldó con la derrota de los talibanes y la erradicación de los campos de entrenamiento de Al Qaeda en este país, pero no con la captura de Bin Laden, objetivo que de forma más o menos explícita había venido persiguiendo el gobierno estadounidense desde hacía varios años. La interceptación de una llamada efectuada con un teléfono satélite desde las montañas de Tora Bora, llevó al convencimiento de que en su huida Bin Laden se hallaba refugiado en la red de cuevas construidas en este inhóspito paraje. Las tropas norteamericanas y las de la Alianza del Norte cercaron este enclave y los B-52 se encargaron de "barrer" la zona. Sin embargo, todo parecía indicar que la falta de efectivos suficientes había permitido que Osama escapase aproximadamente en la tercera semana de diciembre de 2001.

Tras este nuevo intento fallido, una serie de supuestas "filtraciones" a algunos medios de comunicación situaban al saudí en los lugares más insólitos. Las versiones más fiables, y los posteriores movimientos del ejército estadounidense, lo sitúan en la amplia frontera entre Afganistán y Pakistán (aproximadamente unos 240 kilómetros). Es precisamente esta certeza acerca del paradero del saudí lo que ha levantado una cierta



gida a su propia madre, Bin Laden habría dejado escrito "tengo muy buena salud y estoy en un lugar muy, muy seguro. Ellos no me cogerán a menos que Alá lo desee". Desde esta perspectiva, se explica la ausencia de nuevas grabaciones audiovisuales de Bin Laden por el hecho de que, a pesar de continuar vivo, habría sido seriamente herido, lo que le habría llevado a evitar la difusión de las imágenes de un hombre débil y seriamente dañado, que poco beneficia a la estrategia de Al

nivel sin precedentes tras la aprobación de una directiva secreta que autorizaba su asesinato.

La historia posterior será una sucesión de intentos fallidos para eliminarlo, cuyo inicio se sitúa en los ataques con misiles de crucero contra diversos campos de entrenamiento e instalaciones de Al Qaeda en 1998, consiguiendo Bin Laden abandonar el campamento afgano donde se encontraba una hora antes del ataque. Desde este momento se empieza a apuntar veladamente hacia



“Se ha eludido señalar la captura de Bin Laden como uno de los posibles éxitos de esta campaña, con objeto de no levantar excesivas expectativas”



extrañeza entre la opinión pública occidental que no llega a entender cómo es posible que aún no se halla producido su captura. Sin embargo, hay toda una serie de factores que explican este supuesto “punto muerto” al que ha llegado la caza de Osama: la singularidad de la orografía, que dificulta hasta lo increíble las labores de reconocimiento y espionaje aéreo; la composición social de esta extensa franja de terreno, formada mayoritariamente por tribus *pastunes* que muestran su apoyo sin reticencias a los talibanes y a Al Qaeda; los nuevos patrones de comunicación adoptados por Al Qaeda ante los peligros de seguir comunicándose por teléfono y radio, que imposibilitan la detección de señales; la precariedad y falta de pericia de un ejército pakistaní que hasta el momento no había mostrado una excesiva preocupación por hacerse con el dominio de una zona que no ocasiona mayores problemas al régimen de Islamabad. No obstante, el principal elemento que explica esta situación lo hallamos en el ambiguo papel jugado por Pakistán en

este asunto. No podemos perder de vista que el régimen de los talibanes fue una creación directa de los servicios secretos pakistaníes que de esta forma trataron de auspiciar un gobierno afecto a los intereses de su país en un territorio sometido a décadas de luchas tribales. Pakistán fue el único país con el que la Afganistán de los talibanes mantuvo relaciones diplomáticas y comerciales. Sin embargo, el nuevo escenario alumbrado tras los ataques del 11-S llevó a los Estados Unidos a presionar al gobierno del general Pervez Musharraf para que tomase parte activa en la coalición antiterrorista. El apoyo de EEUU, en forma de ayudas económicas y de reforzamiento de su papel internacional en el contencioso con la India, lleva al secularizado general a enfrentarse con una situación interna en extremo complicada. Gran parte de la población pakistaní, mayoritariamente musulmana, comulga con las manifestaciones más radicales del Islam y la percepción popular contempla a los talibanes como auténticos héroes locales. A ello hay que sumar el papel que juegan las tristemente famosas madrasas o escuelas coránicas en la formación incesante de nuevos terroristas. Además, Musharraf tiene serias limitaciones para controlar el aparato estatal de Inteligencia y las Fuerzas Armadas, gran parte de las cuales seguirían colaborando discretamente con el binomio formado por los talibanes y la red Al Qaeda. La detención de importantes miembros de Al Qaeda le ha proporcionado a Pakistán la categoría de “mayor aliado no miembro de la OTAN” de los Estados

Unidos. Sin embargo, este apoyo explícito ha situado al dictador en una comprometida situación interna frente a una mayoría de población que ve como una auténtica aberración el apoyo a los EEUU y la traición a los “hermanos afganos”. Desde algunos sectores de la política norteamericana se contempla la actitud de Pakistán como de “ambigüedad calculada”, denunciando que se limita a emprender acciones puntuales contra los *jihadistas* (generalmente coincidiendo con la visita de altos dignatarios estadounidenses), mientras fomenta interiormente el radicalismo musulmán y permite que Bin Laden siga oculto en su frontera. Desde esta visión se explicaría el fracaso en la captura de Bin Laden por las trabas impuestas por un país que recibe enormes beneficios de la libertad del saudí. Otros sectores, más comprensivos, insisten sin embargo en la difícil situación en que se encuentra el dirigente pakistaní, que ha tenido que hacer frente hasta el momento a dos intentos de asesinato y a toda una campaña de desestabilización del régimen propugnada desde Al Qaeda. Señalan que la caída del régimen originaría un mal mayor en forma de un gobierno islamista radical dotado de armas nucleares y dispuesto a ponerlas al servicio de la *jihad* internacional.

Escenarios hipotéticos en torno al fin de Bin Laden

La última ofensiva americano-pakistaní ha tratado de alcanzar al núcleo de la organización Al Qaeda. La precaución mostrada por las autoridades estadounidenses contrasta con actuaciones anteriores, y en todo momento se ha eludido señalar la captura de Bin Laden como uno de los posibles éxitos de esta campaña, con objeto de no levantar excesivas expectativas.

Resulta enormemente sugerente reflexionar sobre los posibles escenarios a los que daría lugar la muerte o captura de Bin Laden. Los atroces crímenes imputables al saudí y la amenaza continua que supone su existencia implican que cualquiera de estos desenlaces sea óptimo desde el punto de vista de la más elemental justicia. Sin embargo, no debemos dejarnos seducir por la idea de que la neutralización de Bin Laden iniciaría

un proceso irreversible de desaparición de Al Qaeda que, más que una organización, es un proyecto o una ideología. Su principal virtualidad radica en el intento de sellar alianzas entre grupos ya existentes en un proyecto común de guerra santa y de llamada a la población musulmana para que se una activamente en la lucha contra la "conspiración judeo-cristiana". Aunque es posible hablar de una "Al Qaeda organización", perpetradora del 11-S, debemos señalar que la campaña internacional emprendida posteriormente habría dejada seriamente dañado y reducido el papel que juega este núcleo dentro del entramado *jihadista* internacional. Es más que probable que el papel de Bin Laden en la actualidad sea meramente simbólico, siendo su principal función la de servir de catalizador de nuevas alianzas y de elemento de inspiración para todos aquellos dispuestos a dar "el salto" a la guerra santa. Por ello, la desaparición de Bin Laden no mermaría necesariamente la capacidad operativa de Al Qaeda, sino que sus efectos se moverían en el terreno de la simbología y las percepciones. Las condiciones geográficas y sociales que hasta el momento han hecho posible su huida continua hacen muy difícil e improbable cualquier "operación quirúrgica" que se saldase con la captura del saudí. Bin Laden vive rodeado de guardaespaldas -entro ellos cinco de sus hijos-

que tienen la orden expresa de convertirle en "mártir" antes que permitir su captura. Sin embargo, de producirse ésta, se inauguraría un complicado escenario internacional y de seguridad: son muchos los Estados interesados en poder interrogarle, juzgarle y retenerle. Además, habría que encontrar el lugar adecuado para retenerlo, y hacer frente a una más que previsible campaña de atentados y chantaje terrorista. Igualmente, el futuro reservado para el terrorista sería igualmente un potente generador de división internacional y fracturas sociales como consecuencia de la existencia de posturas irreconciliables entre los partidarios de la condena de muerte y los partidarios del encarcelamiento. La muerte de Osama es también un asunto controvertido que daría nuevos bríos al activismo terrorista. Los Estados Unidos tendrían que ser capaces de demostrarla fehacientemente, algo que resulta prácticamente imposible. La ausencia de pruebas definitivas sería el germen de una serie de "teorías de la conspiración", de gran predicamento en el mundo musulmán. Incluso para aquellos sectores del radicalismo musulmán que asumieran la desaparición de su líder, este hecho sólo supondría el colofón a todo un proceso de mitificación. En numerosas ocasiones Bin Laden ha hablado de su propio martirio y lo ha recibido abiertamente. En 1998 declaraba: "No

temo a la muerte, es más, el martirio es mi pasión porque el martirio dará lugar al nacimiento de mil Osamas." Si Al Qaeda concluye su proceso de institucionalización y es capaz de sobrevivir a la desaparición de su líder, no es descartable su conversión en el reclamo único para todos aquellos musulmanes seducidos por la idea de una *jihad* global como expresión de la lucha contra la injusticia y de coherencia hacia sus deberes como creyentes ■ **Manuel R. Torres Soriano**

BIBLIOGRAFÍA

HOFFMAN, BRUCE. *Al Qaeda, Trends in Terrorism and Future Potentialities: An Assessment*, Rand, Santa Monica, 2003.
 JORDÁN, JAVIER. *Profetas del miedo*, Eunsa, Pamplona, 2004.
 MAYER, JANE. "The Search for Osama", *New Yorker*, July 28, 2003.
 BURKE, JASON. *Al-Qaeda. Casting a shadow of terror*, I.B. Tauris, New York, 2003.
 GUNARATNA, ROHAN. *Al Qaeda. Viaje al interior del terrorismo islamista*, ServiDoc, Barcelona, 2003.

MANUEL R. TORRES SORIANO

Es investigador del Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Granada y miembro del Centro de Análisis de Seguridad (CEAS).



¡Disfrute de unos contenidos únicos en España!

SUSCRÍBASE POR SÓLO 20€ A UN AÑO DE ESTRATEGIA GLOBAL

y cada dos meses recibirá el análisis relevante y riguroso que usted demanda.